

últimos destellos

Rafael de Naranjo

Últimos destellos



*Rafael de Los
Naranjos*

Capítulo 1

Últimos destellos

El sol brotó de las aguas del mar cuando un joven se preparaba para la excursión. No podía haber mejor día para salir al monte, celebró uno de sus compañeros de viaje, el más experimentado de todos sus amigos quien había tenido la idea de llevarlos a aquel magnífico rincón, donde la cordillera montañosa chocaba con el mar y se convertía en un paisaje de esos que solo parecen existir en las postales. Por si fuera poco, el sol radiaba con fuerza; cosa extraña, pues la lluvia regaba los pastos verdes y las rocas pulidas y negras la mayoría de los meses. En otras palabras, no podían haber tenido más suerte al encontrarse con un día ideal para aventurarse por la naturaleza. Se encontraba viendo desde la cabaña alquilada el inmenso manto turquesa reventar bajo los acantilados, ajustándose las botas mientras los demás desayunaban en la cabaña. En cualquier otro momento de su vida habría estado disfrutando del paisaje, y la emoción por recorrer las cordilleras no le habría dejado dormir. Unos meses atrás, quizás, habría dibujado una imperturbable sonrisa en su cara, preso de la risa floja, maravillado irracionalmente por los lirios y todas las tonalidades de la luz reflejada en las montañas y el océano. Quizás hacía un tiempo reíría sin parar por cualquier estupidez dicha por esos amigos dentro de la cabaña, como lo hacían en la mesa del desayuno. Puede que incluso, en otro momento de su vida, él los haría reír sin parar con ese humor tan extraño suyo, y puede que en otra época no habría sentido una dolorosa y molesta envidia al escuchar lo bien que marchaba la vida de sus prójimos. Y la verdad es que no había motivo para no alegrarse en esa escapada de una semana, en aquella semana que traía consigo la liberación de la rutina y los malestares de la ciudad, de aquel fantástico rincón del mundo, tan real como bello, de aquella magnífica expedición que realizaría con las personas que quería. No había motivos, salvo uno: no compartiría nada de eso con ella.

Aquel mismo sentimiento, junto con una expresión agria, una mente ennegrecida y ausente y una mirada que no se desprendía del suelo, lo acompañaron durante todo el recorrido. El resto de sus amigos hablaron y rieron durante el ascenso. A él le habría encantado formar parte de aquellas irrelevantes conversaciones, reír también, repetir sin parar lo bonito que era todo, incluso sentirse alegre por la dicha de los demás, especialmente por la de los que se encontraban en el punto álgido de sus relaciones amorosas. Pero no estaba ella, ¿qué importaba reír si no lo acompañaba su risa dulce? Lo mismo se le ocurrió al llegar a un páramo, donde dos montañas se encontraban con un río y de ellas bajaba una cascada. No se bañó en ella, cosa que extrañó a sus amigos, que sin pensarlo saltaron al agua y gritaron de frío e inercia. No tenía ningún

sentido sentirse vivo si no estaba ella para impresionarla con una nueva locura de las suyas. Ni siquiera disfrutó de las maravillosas salchichas que prepararon después del baño en el camping gas, hambrientos después de un arduo recorrido. No encontró motivos para probar las relucientes salchichas ni para salir el siguiente día de la cabaña alquilada, por lo que mientras sus amigos se encaminaron hacia otra maravillosa aventura, que en otra época a él tanto le encantaban, él permaneció en el porche, viendo el mar, abrumado por la tormenta que se libraba en su mente y en su corazón. Pensó en escribir lo que sentía con la esperanza de que el papel solucionara sus problemas, pero poco sentido halló en ello, pues al fin y al cabo la escritura dejó de agradaarle una vez se marchó ella junto con todas las historias dignas de ser contada. Ella, de risa suave y sonrisa tímida, ojos penetrantes y marrones, que con la luz del atardecer se volvían acaramelados. Esa mirada no soltaba su memoria, ni aquellos momentos en que escapaban de la ciudad y soñaban con una vida juntos. O mejor dicho, él soñaba. Pues sí, él pasaba su vida soñando. Imaginaba que sus palabras servían de algo, que algún día escribiría sobre la vida y que así ayudaría a mucha gente, que contaría historias inmortales o algo por el estilo. Quizás por esas ilusiones había rechazado aquel trabajo bueno que quizás la hubiera mantenido a su lado. Y la vida nunca le había parecido tan absurda como en el momento que su desencanto con la vida le fue tan vívido y claro. Pensó en escribir sus sentimientos, quizás plasmarlo en un personaje, en alguna novela o un relato, quizás en un guión o algo por el estilo... Pero ni siquiera la sensación de abandono que lo atormentaba era digna de ser relatada una vez más por un ser patético y melancólico. Ni siquiera ese fuerte pesar suyo era importante. Fue entonces cuando su mirada fue atraída por los destellos anaranjados y rosados que golpeaban las nubes, una vez oculto el sol en las aguas. Inevitablemente, el crepúsculo le hizo recordar cuántos había visto junto a ella, enloquecido por un amor que por aquel entonces entendió como correspondido. Pero ahora incluso los vívidos colores le parecieron huecos y grises, y la vida una broma incomprensible y sin sentido alguno. Finas gotas brotaron de sus ojos al advertir que otro día había acabado, sin propósito y sin amor.